

los monstruos de la discordia, el General Díaz mostró inmutable perseverancia en la varia fortuna de los combates; y no menos la que como estadista ha manifestado para realzar el prestigio de la nación y presentarla á los ojos del mundo como una de las principales potencias hispano-americanas. ¡Oh, si cada uno de los ciudadanos se propusiese modelar su espíritu y su conducta conforme á este émulo selectísimo, no tiene duda que México alcanzaría una formidable prepotencia entre los Estados todos del mundo!

Los educadores mexicanos que tienen á su cargo la escuela primaria fluctúan hoy entre dos sistemas antagónicos, ó más bien dicho mutilados, que, aisladamente, son incapaces de crear hombres completos. Refiérome á los sistemas educacionales del Estado y de la Iglesia, que prosiguen su interminable pugna de recíproca exclusión, cuando deberían buscar un «consensus» en el que sus ideales recibiesen completa satisfacción. Las escuelas que el Estado sostiene propenden hasta la fecha, á desarrollar preferentemente las facultades intelectuales del alumno, y por eso sus programas son intensamente científicos; pero, en mi humilde concepto, descuidan ó, por lo menos, no le dan la misma importancia, á la sensibilidad y á la voluntad; que son también excelsas facultades del espíritu. Por el contrario, en las buenas escuelas sostenidas por la Iglesia— y por cierto con notables resultados cuando en ellas se dá una “verdadera educación religiosa” y no una simple instrucción en los ramos de religión ó historia sagrada,—muy á la ligera se pasa sobre las nociones científicas, pero en cambio, se propende á templar la voluntad y el carácter, para habituar á los alumnos al dominio de sí mismos, á la disciplina para obrar en común, para disponerlos á los grandes sacrificios y al indomable valor en las adversidades. pruebas de sublime heroísmo y de tenacidad en sus propósitos, de que mártires y apóstoles de la Religión han dado brillante testimonio durante veinte siglos. Hay que preparar el día en que se fundan en uno solo los ideales y métodos de estas dos escuelas rivales y aun hostiles, á fin de llegar á la escuela única en que al hombre se le eduque armoniosamente, sin exagerar el cultivo de unas facultades á expensas del de las demás. Que la escuela del Estado tome de la de la Iglesia su maravilloso sistema derivado de la experiencia de los siglos, para la educación de la volun-

tad, su amor á las humanidades, á las bellas artes, al pulimentodel lenguaje, al ennoblecimiento y belleza de los sentimientos, á la figura de los modales, á la cortesía y urbanidad en el trato con los inferiores, al respeto y sumisión con los superiores gerárquicos, y que las escuelas que fomenta la Iglesia, á su vez, se asimilen los grandes progresos de la Ciencia realizados en las últimas centurias y en lo que de la presente va transcurrido, el respeto á las leyes de la higiene y el entusiasmo por la educación física, el interés para los trabajos manuales y sobre todo se esfuercen por despertar en el corazón de la juventud, la veneración por nuestra bandera, la gratitud y el respeto á nuestros grandes hombres, por una enseñanza seria de instrucción cívica y de la historia nacional, sin espíritu de partido.

Podría creerse que es muy difícil realizar estos ideales; pero á la vista tenemos un colegio que está creando organismos vigorosos, corazones acorazados por las virtudes varoniles, é inteligencias bien nutridas con las ciencias.

Quiero referirme á nuestro Colegio Militar, en donde la juventud aprende desde muy temprano el dominio de sí misma, al influjo de una razonada obediencia.

La voluntad será siempre esclava creyéndose dominadora, si no sabe frenar sus ímpetus y recoger sus desbordamientos en los cauces estrechos del deber; si sus miras no tienen una elevada finalidad. La disciplina doma precisamente los excesos de un individualismo rebelde á las sugerencias del espíritu colectivo: y esta disciplina es la que impera en el Colegio Militar, y, como es natural, los mismos alumnos que á ella están sometidos la llegan á obedecer por persuasión, por amor al orden, por el preciso concepto de los bienes que engendra una bien entendida subordinación.

Aquellos pupilos de nuestra primera institución militar, sagrada por sus tradiciones de heroico patriotismo, se desarrollan erguidos como hombres libres, templan sus caracteres al noble fuego del patriotismo, y se preparan, si el evento llegare, á repetir la magna epopeya de sus condiscípulos de antaño. Poderosamente contribuye á mantener sus almas en esta noble tensión, las visitas que periódicamente les hace el Sr. Gral Díaz, quién, á la manera de Napoleón I, en la Escuela de Saint Cyr, se confunde con los cadetes, les habla con la elocuencia sóbria y enérgica del guerrero, en que cada palabra

tiene la sugestión de un acto; y, de esta suerte, la gloria del héroe veterano parece nimbear las frentes juveniles de los héroes del futuro. Además procúrase que esos noveles guerreros cultiven las formas más delicadas de la civilidad, que no manifiesten en su trato ni la cortedad del colegial ni la rudeza del soldado, para lo cual se les pone frecuentemente en contacto con la buena sociedad.

Los profesores á su vez ponen su ahinco por penetrar en la psicología de sus discípulos, para adueñarse de su voluntad y regirla como si obrase espontáneamente. El prestigio de autoridad que saben imprimir á sus órdenes obra de tal suerte que las voluntades se hallan alegremente dispuestas á acatarlas, aún antes que la inteligencia las haya razonado; y, sobre todo, es notable el profundo é imperecedero amor que por toda la vida guardan al establecimiento, los que en él fueron educados.

Estas prodigiosas sugestiones en los espíritus escolares, únicamente pueden lograrse por la solidaridad de maestros y discípulos. En muchas escuelas, triste es decirlo, sucede que, por el momentáneo contacto de unos y otros tienen entre sí, el alumno, sin corazón ni ideales, no vé en el maestro más que un empleado, que, durante algunas horas, ejecuta una labor forzada, y, triste también es decirlo, algunos maestros no saben ver en sus funciones más que el aspecto mercenario.

Las comisiones del Centenario en las pequeñas poblaciones, que tendrán á su cargo seleccionar los programas de festejos más acertados para celebrar ese grandioso acontecimiento, es seguro que no se limitarán á las ruidosas y vanales manifestaciones, que son como ritual obligado en esta clase de solemnidades y que terminan con el último cohete que hiende los aires y se disipa en luces multicolores y en humo.

En esta solemnidad, particularmente, además de recordar un glorioso fasto, trátase de pulsar, por decirlo así, la nacionalidad; estimar el grado de homogeneidad que desde entonces ha ido adquiriendo, y, sobre todo, echar los cimientos de futuras fundaciones, que den á esa nacionalidad un carácter enérgico é individual.

En tal concepto, las referidas comisiones para dejar un testimonio duradero y trascendental de su patriótica labor po-

drían trabajar porque se inaugurase en las poblaciones en donde tienen representación, el primer año siquiera de una nueva Escuela Elemental, tanto más perfecta cuanto las circunstancias lo permitan, á fin de hacer resurgir á las clases rurales á los llamamientos de la civilización. En estas escuelas de aldea, las únicas asignaturas serían las que marca el modestísimo programa del artículo sexto de la ley de Instrucción obligatoria del Distrito Federal. El 15 de septiembre de cada año sucesivo se iría creando un nuevo año escolar con su profesor respectivo. En 1913 ya funcionaría la Escuela con todos sus años de curso.

Con las materias de ese programa de enseñanza los niños de cada localidad quedarían bien preparados para emprender por sí mismos una ulterior ilustración, puesto que el alfabeto es la clave de toda instrucción, supuesto que es el vehículo maravilloso del lenguaje escrito. Más tarde la Prensa terminaría la labor iniciada por la Escuela.

Con un gran número de esas nuevas escuelitas rudimentarias, pondríanse, el 15 de septiembre de 1910, los cimientos de futuros desenvolvimientos, y en virtud de ellas se principiaría á redimir á la clase indígena de su dolorosa y secular ignorancia, de su desconocimiento de los vínculos que la ligan solidariamente con el resto de la Nación.

Espero confiadamente que las comisiones del Centenario, que han solicitado todas las iniciativas individuales, para que con ellas coadyuven al brillo de la conmemoración, se dignarán fijar la atención en esta humildísima idea mía acerca de la multiplicación de escuelas rurales, especialmente destinadas á disipar la ignorancia de la inmensa mayoría de los habitantes de la República.

Como testimonio de gratitud deberían consagrarse estos planteles á perpetuar el nombre de algún héroe ó benefactor local, de algún hombre notable por su ciencia, por sus virtudes, por los beneficios hechos á la población como propagador ó introductor de artes útiles.

Si el lugar fuese muy reducido para poder inaugurar en ese día una escuela, se podría solemnizar dignamente el Centenario estableciendo ya sea un centro de lectura, donde el vecino más apto reuniese á sus coterráneos, para escuchar la lectura de libros interesantes, ó inaugurar una pequeña biblioteca á

la que servirían de núcleo para un posterior desarrollo, colecciones de las obras que, desde hace luengos años, han publicado sobre multitud de materias, las diversas Secretarías de Estado especialmente las de Instrucción Pública y Bellas Artes y la de Fomento. Se podría también agregar suscripciones de periódicos de esta Capital y de los Estados.

No dudo que tanto las Secretarías de Estado como los Directores de los diversos periódicos, no vacilarían en enviar gratuitamente, del 15 de septiembre en adelante, al ser requeridos para ello, las obras más útiles, y la suscripción de los periódicos más aceptables, siquiera por un mes, para que fuese estudiada la conveniencia de seguirlos tomando en lo sucesivo.

Sin duda alguna que practicado el expediente que acabo de proponer, para el año de 1911 serían numerosísimas las escuelas de educación elemental inauguradas en todo el territorio. Alguien me saldría al paso objetándome que esas escuelas requerirían una positiva legión de maestros, reclutamiento harto difícil cuando precisamente se resiente la escasez de ellos, y, cuando yo mismo he consignado, aquí, en este folleto, que la Escuela Normal de Profesores es incapaz de proveer á esta necesidad, supuesto que cada día disminuye más el número de alumnos que terminan su carrera, y que, para 1908, por ejemplo, serán sólo seis los que presenten examen, por haber terminado su sexto año profesional.

Voy á proponer un sencillísimo medio para subsanar esta falta de profesores patentados.

Hace algunos años los estadistas de las Islas Británicas sintiendo la urgencia de disipar el analfabetismo popular, resolvieron establecer por todas partes escuelas de primeras letras, y tropezaron también con el obstáculo de no tener monitores suficientes para tan intensa y generalizada labor, como que se trataba de iluminar las inteligencias de la mayor parte de los habitantes niños del Reino Unido. A falta de maestros provistos de diplomas perfectamente rubricados por el Estado, discurrióse la enseñanza y la escuela absolutamente libres, de tal suerte, que el que tuviese aptitudes para dar la instrucción elemental se declarase espontáneamente instructor.

Estos regentes de escuelas no disfrutaban de sueldo alguno durante sus tareas, y sólo al fin de ellas, previo examen de los

niños por los inspectores oficiales, eran remunerados con cierto número de libras esterlinas, por cada alumno que hubiese terminado su instrucción primaria á satisfacción del Estado.

Con este estímulo fueron muchos los que adaptaron la profesión de pedagogos accidentales, y muchos también los que diéronse gran premura para presentar el mayor número de discípulos bien aleccionados.

El procedimiento dió por el momento los resultados apetecidos, aunque fué censurado por el "surménage" producido en maestros y discípulos y fué suprimido, por peligroso para la higiene mental.

Idéntico ó semejante recurso pudiéramos nosotros adoptar, salvando este escollo, para ahuyentar las sombras del analfabetismo nacional, sobre todo en las poblaciones rústicas, que es en donde las tinieblas son más densas.

La Federación podría muy bien tomar á sus expensas la remuneración de esos emisarios humildes del progreso, asignándoles, ya no varias libras esterlinas, sino una sola, cambiada en nuestra moneda usual, por cada educando que presentaren apto para leer racionalmente y escribir. Dada nuestra situación económica, por la que consumimos inmediatamente los precarios recursos que adquirimos, es casi seguro que no lograríamos agrupar en este apostolado pedagógico un gran número de afiliados. Pero podríamos obtenerlos eligiendo para su recolección determinados campos de la administración pública, en los que, tanto por lo insignificante de los emolumentos cuanto por las labores desahogadas, los titulares, podrían muy bien consagrarse á esta obra civilizadora.

Explicaré mis propósitos:

En algunas oficinas y agencias del ramo de Comunicaciones, que, á semejanza de las extremidades de las raíces de un árbol, tocan los lugares más escondidos de la República y que como función transmiten la vida intelectual propiamente dicha, tales como la de Correos y de Telégrafos, existe una multitud de humildes empleados con dotaciones verdaderamente irrisorias que viven en una situación muy cercana á la miseria. Una función análoga desempeñan también los ferrocarriles cuyos empleados podrían utilizarse para el fin que propongo. Perciben algunos empleados postales los inconcebibles suel-

dos de treinta centavos por cuota fija diaria y llegan hasta á alcanzar, los de 4ª categoría, la de \$ 2.75. Estos empleados no tienen una faena absorbente y de todos los instantes, pues fuera de la que marcan la llegada de los ferrocarriles ó de las valijas postales el resto del tiempo lo pasan en una fastidiosa desocupación. Aquel tiempo precioso podrían aprovecharlo en procurarse un complemento decoroso á sus emolumentos. Si á esta clase se le convocara á formar parte de las comisiones del Centenario para ayudar á su celebración en las pequeñas aldeas, y á asumir, después de las festividades, el papel momentáneo de maestros de escuela; haciendo uso de las franquicias que concede la Ley de Presupuestos Federales en su artículo 8º, fracción VI, que permite que un empleado pueda desempeñar una comisión compatible con el cargo que desempeñe, y obtener una gratificación; se lograría estimularlos con la perspectiva de una recompensa graduada por el número de alumnos que presentaran al fin del año, enteramente aptos para leer y escribir. Seguros estamos que se darían prisa á conquistar el más alto premio en este certámen y de que, por consiguiente, presentarían al finalizar el año de 1911 un estimable contingente de redimidos del analfabetismo. Y cuenta que no es pequeño el número de empleados de esa ínfima categoría, pues según los datos que he podido adquirir, sólo en las oficinas postales llegan á 4,000 los sedentarios y á 5,000 los que transportan correspondencia, y probablemente en los telégrafos y ferrocarriles las cifras serán equivalentes. Ya por esto se verá si es numerosa esta milicia de educadores disponibles que podría organizarse fácilmente dando homogeneidad á su enseñanza, y si no suplirá los cuadros enrarecidos del ejército técnico y permanente de las escuelas normales.

Pero se me dirá: Muy bien está, ya tenemos maestros, pero cómo conseguiremos locales para instalarlos, y qué erogación requeriríase para procurárselos. ¡Locales para escuelas! Pero si las de que se trata son rurales por su esencia para unos cuantos niños, es decir, irán á instalarse en regiones agrícolas en que precisamente se ama el aire que libremente circula y la verde lozanía de los bosques, ó á las regiones mineras, casi inaccesibles.

Nada importa pues, que el maestro improvisado congregate á su clientela escolar ora sea bajo las frondas de los árboles, ora acogida á hospitalarias rocas, ora en vastas praderas bajo el toldo del cielo de "purísimo azul como el zafiro" que cantó el poeta; y, en el mal tiempo, bajo el cobertizo de las estaciones de ferrocarril ó en el cuarto de madera y lámina destinado á oficina.

Lo interesante es que el niño quede ungido como neófito de la inteligencia, y poco importa que ese óleo se le administre dentro de un suntuoso edificio escolar ó en pleno campo.

Para que se pueda apreciar el grado de atraso en que se encuentra la población del país en lo referente á instrucción rudimental, me permito copiar del Resumen General del Censo de la República Mexicana, publicado en 1905, por la Dirección de Estadística del Ministerio de Fomento, los siguientes datos: En la República Mexicana saben leer y escribir 2.179,588 habitantes; saben leer solamente 347,903, esto es: sólo 2.527,488 habitantes dejan de ser analfabetas. Del resto de la población, 4.129,142 niños menores de 12 años y 6.784,624 individuos mayores de 12 años, ignoran el arte de la lectura; es decir, tenemos la colosal población de 11.000,000 de habitantes, en números redondos, que desconocen el alfabeto. Se ignora el dato de esta materia respecto á 166,002 habitantes. Cifras tan desconsoladoras y graves, no hay duda que ameritan un esfuerzo colosal de parte del Poder Legislativo Federal, de los Gobernadores de los Estados, de los Ayuntamientos y aún de los particulares para que, al comenzar el nuevo siglo de Independencia, se intente romper las cadenas de la ignorancia que atan con la miseria á la Patria Mexicana, máxime cuando sabemos que del otro lado del Bravo, dentro de los muros de las escuelas había ya inscritos en el año escolar de 1905-1906, 19.000,000 de alumnos: esto es el 20% de población total, y cuya educación costaba en ese año al país la enorme suma de 800.000,000 de pesos: en otros términos, una cantidad igual á más de la mitad del costo del Gobierno Nacional, que importó \$1,494.469,156, estando además destinados á la instrucción 1,566.256,280 pesos, en propiedades raíces. Se gastó por término medio por alumno \$52.54 en el año. Como dato final mencionaré el hecho de que sólo en la ciudad de New-York hay inscritos 736,000 alumnos, tantos como en toda la Repú-

blica Mexicana, los que estaban dirigidos por 13,236 profesores. Tan intensos esfuerzos por la cultura han hecho el prodigio de que el terreno que ocupa actualmente esta ciudad, que fué comprado por Peter Minuet á los indios de Manhattan en 48 pesos, y que les fué pagado con géneros color escarlata, botones de cobre y otras zarandajas, hoy tenga valuada la propiedad raíz en 10,800.000,000 de pesos. Como otra prueba del creciente progreso de esta ciudad, basta decir que en 1885 había en ella 28 millonarios. Hoy cuenta la ciudad con más de 2,000.

Como inmenso é incesante oleaje llegan día á día al puerto de New-York muchedumbre de emigrantes, algunos de ellos de la peor calidad, como que son los desechos que todos los pueblos y todas las razas avientan á esas hospitalarias playas.

Otros son lo más selecto de Europa, Asia, Africa y América que buscan más amplios horizontes á su indomable energía y á su genio; y, triste es decirlo, ahí me he encontrado á mexicanos de gran talento y de voluntad férrea, que han cimentado su hogar y que han logrado obtener la estimación y la fortuna que no habían conseguido conquistar aquí en su patria, aunque sin dejar de suspirar por ella.

No hay que decir que la mayor parte de los inmigrantes son las víctimas del pauperismo, debido á la ignorancia, y de la tiranía. Pues bien; en los Estados Unidos, casi al desembarcar los hijos de esos aventureros ó proscritos, se les lleva á las escuelas públicas, construidas temporalmente, sobre los muelles del puerto, por falta de otro local, pues á veces en un año hay que preparar clases para 50 mil niños recién llegados.

En aquellas escuelas se les educa con fé intensa en el porvenir, y amor por aquellos desheredados, dentro de un programa intensamente orientado hacia el trabajo más y más consciente, más y más provisto de recursos técnicos, y, al mismo tiempo, se les enseña la lengua nacional y se les inculca el amor hacia las libérrimas instituciones democráticas vigorosamente aclimatadas desde que los tripulantes del «May Flower» las implantaron en aquellas regiones casi inhospitalarias.

Gracias á este método de aclimatación, los niños de otras patrias, antes de que hayan trascurrido muchos años, acaban

por amar como si fuese propia aquella que los acogió en su seno como hijos adoptivos. En lugar de gritar en sus efusiones de patriotismo «Viva Rusia,» «Viva Irlanda,» «Viva Alemania,» «Viva Polonia,» cantan, conmovidos hasta las lágrimas, el Himno Nacional de los Estados Unidos.

Y no es esto sólo, sino que aquellos niños al retornar cada día á sus hogares, instintivamente transmiten á sus padres la lengua nacional, inspirando á sus progenitores esos mismos entusiasmos cívicos y políticos de que fueron empapados en la escuela; resulta que á poco tiempo la corriente inmigratoria confunde sus ondas turbias con las clarísimas de la nacionalidad americana, la que por este medio acrece su prosperidad y engrandecimiento.

Así se explican los datos que he dejado apuntados acerca del prodigioso crecimiento de la ciudad de New-York, holandesa por sus orígenes.

El notable publicista Lic. Don Emeterio de la Garza jr., en su interesante conferencia «¿Qué... los indios se rien?» y, sobre todo en el párrafo que sirve de epígrafe á esta excitativa, plantea, con el fervor y vehemencia que le son tan naturales, el angustioso problema de la redención de los millones de habitantes indígenas que la República contiene, ya sea porque sus leyes no han sido hasta ahora bastante generosas para llamar á su regazo á las reliquias de razas desaparecidas, ya sea porque han faltado los medios de comunicación para unir á tantos miembros dispersos y aislados por insuperables dificultades topográficas.

Creo que, con lo que llevo indicado, el Sr. Lic. de la Garza tendrá despejada una de las incógnitas de esta ecuación indeterminada de la regeneración de la raza indígena.

Afortunadamente, ese es hoy el pensamiento dominante de nuestros políticos y educadores.

Ultimamente, el Señor Ing. Don Miguel F. Martínez, Director General de la Instrucción Primaria en el Distrito y Territorios Federales, propuso en el proyecto de reorganización de la educación primaria, que ardientemente se está debatiendo en el Consejo de Educación, que, además de los calificativos de «neutral», é «integral» que hoy lleva la enseñanza pública obligatoria se le agregase el de «nacional»; entendiéndose por este vocablo no sólo la «instrucción cívica» que hoy se impar-

te en todos los establecimientos oficiales, sino el amor á las instituciones, enarcido por la historia de los sacrificios que ha costado establecerlas y conservarlas; el amor al suelo, "regado por el sudor de nuestros antepasados y empapado por su sangre", según las propias palabras del Señor Martínez, cuando en el Consejo se le invitó á que explicase lo que entendía por «educación nacional».

En mi humilde concepto, *esa educación á la que deberá destinarse en todas las escuelas de la República, algunos momentos diariamente al iniciarse las clases*, trata de desenvolver en el niño conforme á una metodología especial ó sea de un modo consciente y sistemático, el sentimiento de amor profundo á la patria, virtudes cívicas y lealtad para desempeñar los deberes que le impone aún con sacrificio de la vida, convicciones profundas basadas en el conocimiento de las instituciones políticas y reverencia hacia ellas; respeto y amor á la sagrada bandera que nos protege para tremolarla muy alto en la paz ó en la guerra; conocimiento de la Historia Nacional para valorizar los sacrificios de nuestros héroes, la visión profética de nuestros grandes pensadores en épocas de cruenta lucha, y finalmente la conmemoración de los grandes días de la patria, y de los nombres ilustres escritos con letras de oro en las páginas de nuestra historia.

Esa educación digo, será la que en nuestra escuela prepare la verdadera «alma nacional» orgullosa de su pasado, firme en las contingencias del presente y resuelta á afrontar todas las luchas que el porvenir le tenga reservadas.

JOSÉ MIGUEL RODRÍGUEZ Y COS.

LOS EXAMENES ESCOLARES

EN EL

IMPERIO DE CHINA

Curiosas por lo exóticas y, además, porque pudieran sugerir algunas enseñanzas sobre ciertos procedimientos selectivos escolares, son las prácticas que en China se siguen para escogitar los mejores talentos que allí se destinan especialmente á cubrir los cuadros de una intrincada jerarquía administrativa y burocrática, que colabora en la gobernación del Estado. Propongo, en este particular, dar á conocer aquí algunos extractos de los informes presentados por los cónsules europeos á sus respectivos gobiernos, así como los relatos veraces de algunos misioneros, que por muchos años han residido en el centro de esa antiquísima civilización asiática, y que, por lo mismo, han podido apreciar el espíritu y las tendencias del sistema de educación instituido allí tradicionalmente.

Adviértase, desde luego, que por la cláusula undécima del protocolo final, firmado en 1901, en el cual se estipularon las condiciones para que cesase la intervención armada de diversas potencias, se convino que los exámenes en todas las escuelas oficiales se suspenderían, por un período de cinco años, en aquellas ciudades en que el levantamiento "boxer" de 1900 hubiese atropellado las vidas y los intereses de los residentes extranjeros. Para obsequiar esta exigencia, un edicto impe-